

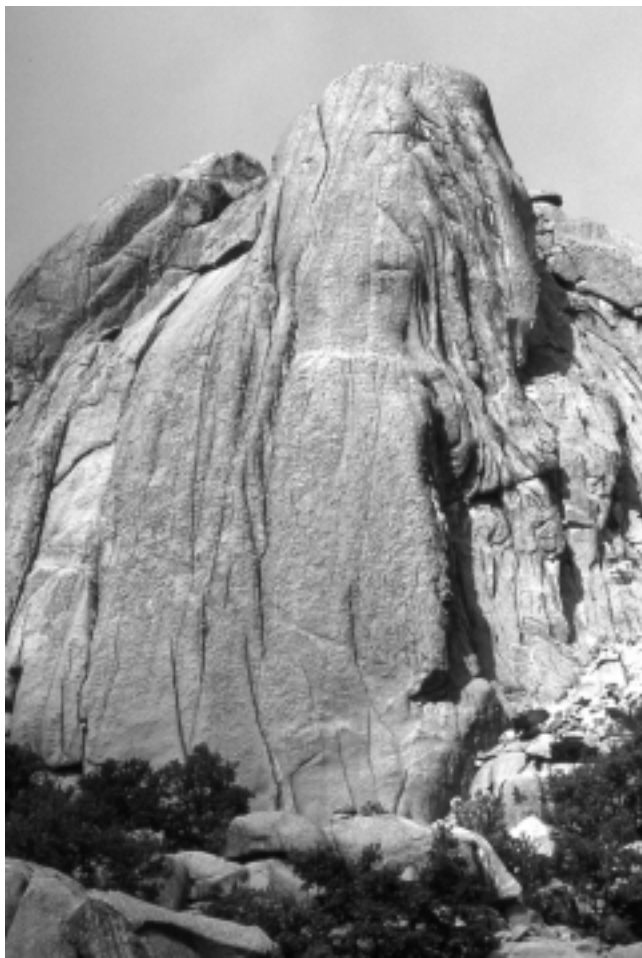
ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
INTRODUCCIÓN.....	11
EL RISCO DEL PÁJARO.....	17
1. Vía <i>Sur clásica</i> (cara sur), 1935.....	18
2. Vía <i>Pedro Ramos</i> (cara sureste), 1959.....	30
3. Vía <i>Rivas-Acuña</i> (cara este), 1960.....	36
4. Vía <i>Oeste</i> (cara oeste), 1965.....	42
5. Vía <i>Rodríguez-Caro</i> y vía de la <i>Telefónica</i> (caras este y norte), 1966.....	54
6. Vía <i>Tino</i> (cara sur), 1968.....	62
7. Vía <i>Loquillo</i> (cara sureste), 1968-71.....	72
8. Vía <i>Manolo Marchal</i> (cara oeste), 1974.....	80
9. Vía <i>Jordi Jutglar</i> (cara suroeste), 1975.....	88
10. Vía <i>Gálvez-Pascual</i> (cara sur), 1976.....	94
11. Vía <i>Luna roja</i> (cara oeste), 1980.....	102
12. Vía <i>Nihil</i> (cara suroeste), 1981.....	110
13. La <i>Parecida</i> (cara suroeste), 1983.....	118

EL RISCO DEL YELMO	125
1. Vía <i>Eduardo</i> , 1944.....	126
2. <i>La Vikinga y la Valkiria</i> , 1966-67.....	132
3. Vía <i>Guirles-Campos</i> , 1974.....	146
4. Vía <i>Calavera</i> , 1974.....	152
5. Vía <i>Nani</i> , 1976.....	158
6. Vía <i>Paco Hermosilla</i> , 1976.....	164
7. Vía <i>Gálvez-Pascual</i> , 1977.....	170
8. Vía <i>URD</i> , 1977.....	180
9. Variante del <i>Yan San Po</i> , 1980.....	188
10. Vía <i>Caballo blanco</i> , 1981.....	196
EL RISCO DEL HUESO.....	203
1. Vía <i>Espolón del Hueso</i> , 1972-73.....	204
2. Vía <i>José Ángel Lucas</i> , 1973-74.....	214
3. Vía <i>Clavel rojo</i> , 1974.....	224
4. Vía <i>Tito-Rolin-Bus</i> , 1976.....	236
5. Vía <i>Gálvez-Pascual</i> , 1977.....	244
6. Vía <i>Voldamm</i> , 1981.....	252
7. Vía <i>Me cago en dios</i> , 1983.....	256
EPÍLOGO: Luis González <i>La Mano Negra</i>	
Siempre hay una historia	265
El Pájaro	266
El Yelmo	279
El Hueso	285
GLOSARIO DE TERMINOS DE ESCALADA	291
ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS	295
ÍNDICE DE REFERENCIAS BREVES A OTRAS VÍAS DE LA PEDRIZA	299
ÍNDICE DE REFERENCIAS A OTRAS ACTIVIDADES DESTACADAS	301

PRÓLOGO

CÉSAR CASTRO



PARED DE SANTILLANA



Si oigo hablar de la Pedriza miro automáticamente con simpatía a quien ha dicho esa palabra. Toda una riada de recuerdos me llena ese embalse creciente con los años y decreciente con la memoria.

A veces la veo desde aquí, iluminada por un sol selectivo, desde las autovías o algún edificio alto del norte de la ciudad, en ocasiones dorada con la sierra oscura, el telón afortunado de Madrid, y es un peligro, porque me distraigo absolutamente reconociendo formas, invadido por una satisfacción algo difícil de explicar.

Entre los cordales marcados de la Sierra, pero en general pandos, tendidos, alomados, entre las laderas monótonas de pinares y canchos, los perfiles de la Pedriza destacan torreados, formando cascadas de piedra, losas curvas, callejones y laberintos, casi desde la cumbre de la Cuerda Larga hasta el mismo pie serrano en Manzanares. Cuando se ilumina la gran solana de roca, con sus fisuras oscuras ocupadas por jaras y enebros, queda claro que la Pedriza es, ante todo, un paisaje de piedra berroqueña, de tolmeras y pinganillos, de yelmos y dorsos de piel estriada como la de un animal dormido. He visto andando por sus escondrijos paisajes sobre losas suspendidas entre abismos que no he vuelto a encontrar en ningún lugar. El escalador descubre regalos insospechados, jardines perdidos, piedras laceradas, desiertos en miniatura, paredes propias de cordilleras remotas y se acostumbra a esos niveles de calidad cromática y de arquitecturas a punto de quebrar el concepto de la geometría. Quien vuelve de esta Pedriza oculta sabe algo especial que le reúne con sus congéneres y tal vez le hace despistarse en las oficinas con ventanales y en los atascos del atardecer de las carreteras periurbanas. A veces subo, aprovechando un descuido, a ese collado de nombre evocador de arrierías, llamado Quebrantaherraduras, a acercarme al monstruo y a acariciarle una piedra sin despertarlo. No sé cuántas veces lo habré hecho, tal vez centenares, pero en todas ellas me asombro. Sobre todo es el formidable macizo del Yelmo desde esa perspectiva, surgiendo como un amontonamiento de oleadas crecientes de granito, el que me hace dar un inevitable resoplido de admiración geográfica.

No soy el único, claro está. Ni el primero, es evidente. Ni quiero ser el último (hago todo lo que me es posible para que esta sierra dure). He aprendido los sentidos de la Pedriza, primero directamente de mis amigos de juventud, que no son cualquier cosa, sino el mismo Guadarrama encarnado. También del granito que raspa en la fisura pero que te agarra los pies en los lanchares empinados. De la noche que te pilla en invierno siempre demasiado alto y demasiado pronto. De las aguas del río atravesadas de modo heterodoxo a la luz de la luna. Del covacho

que gotea durante la tormenta. Del sendero fantasma que te arroja a un caos sin salida aparente. Luego he repetido los paisajes en la lectura y los he ordenado en los mapas y los he buscado una y otra vez sin agotarlos, encontrando veredas entre canchales que ya alguien conocía y no yo. No, está muy claro que no soy el único. La Pedriza es una experiencia compartida del internamiento en el corazón de la piedra. Quienes saben la Pedriza, saben de verdad lo que es un paisaje. No es una etapa hacia montañas mayores, pues nada hay mayor en lo suyo que la Pedriza. Y su experiencia personal reposa en un amplio fondo común, aunque la de cada cual es estrictamente suya. Y la de cada vez no imita las anteriores. Esta sierra, lo sé de primera mano, es el eterno retorno.

Leí a Bernaldo de Quirós hace más de cuarenta años, casi en realidad cincuenta. Los libros tienen esa virtud de dejar actuar a los maestros ausentes y que su enseñanza continúe en quien quiera abrir sus páginas. He leído, en cambio, a César Castro sólo hace unos meses, pero he vuelto a experimentar que estaba una vez más, siempre aprendiendo. En esta ocasión de un montañero joven que prosigue aquella línea con espíritu a la vez nuevo y recuperador del tiempo que nos da sentido. No conocí, pues, a Bernaldo de Quirós, pero sí a César Castro, que fue alumno mío y del que ahora aprendo. Como escalador se enfrenta a la Pedriza con algo que es propio del mismo sentido del alpinismo, con libertad y creatividad montañera y con sentido de la cultura a la que se suma nuestra acción. Hay un montañismo del Guadarrama, por estilo, por historia, por impregnación o acomodación a los caracteres y lugares de la Sierra y por un sentido de pertenencia a ese itinerario alpinista.

Es labor del que se hace preguntas sobre tal sentido intentar recuperarlo. Es tarea de quien tiene las respuestas y en ellas ha encontrado un valor, hacerlo público, comunicarlo para hacer justicia con el tiempo y para transmitirlo: el cronista es quien revela lo que aquí pasó y te permite sentirte parte de ello. Hubo una etapa de descubrimiento, otra de exploración, de ascensiones a las cumbres, de búsqueda de vías nuevas, que fueron enriqueciendo y dando complejidad al montañismo del Guadarrama y siempre los mismos rasgos tuvieron en la Pedriza, por su mismo carácter rocoso y aéreo, su expresión fundamental. En este suceder del tiempo, el más joven, César Castro, nos sienta alrededor de un merecido recuerdo y la Pedriza vuelve a ocupar su puesto en nuestra vida que es como decir en nuestras ensoñaciones. ¿Hay mayor regalo que éste, que no se agote la enseñanza sino que te la devuelvan crecida como quien ha cuidado una planta mientras estabas ausente?

Quien sabe la Pedriza, sabe de verdad lo que es un paisaje. Retratar riscos como éstos, tantas veces fotografiados, y sacarles aún un estilo

personal, no es fácil, pero si se logra, como aquí ocurre, se añade una faceta visual apropiada a tal paisaje. Con cierto sabor evocador de la tradición de los libros cuidados sobre montañas, su autor da a las fotos de la Pedriza un esmerado tratamiento que recuerda a veces al trazo del lápiz, lo que constituye un valor más que añadir a la belleza de las formas del lugar. Pero hay que conocer también cómo se amó y entendió la montaña y su propio estilo de montañismo. Lo que el autor llama la historia alpina de una etapa crucial de varias generaciones montañeras en este roquedal, que no es sólo una crónica de logros deportivos, aunque evidentemente lo son, sino también algunas cosas más: un cúmulo de vivencias que merecen ser despertadas, una evolución de estilos montañeros o incluso un conocimiento de detalle de cada rugosidad, placa, chimenea, espolón, diedro y techo del granito de la Pedriza, del que se aprende bastante geografía. Ese escenario tiene sus actores y aquí se cuenta lo que pasa en los actos centrales de la obra. Esta historia tiene lógicamente sus protagonistas y varios escenarios. Y no son personajes que puedan dejar indiferente. César Castro selecciona un tiempo y un espacio, recupera un tiempo y analiza el proceso. El relato es objetivo, pero no es ésta una antología fría, no podría serlo porque lo que cuenta tiene emoción y porque es un acto más de devoción, de ese peculiar amor –bien merecido– a la Pedriza y de admiración a sus escaladores. Lector que has llegado a esta línea, escucha: César ha hecho para ti un libro estupendo al resucitar estas historias. Pero, si además participas en el «culto» a la Pedriza, va a ser algo más para ti: un libro indispensable para que llegues a ser realmente un experto cuando mires el Pájaro, el Hueso o el Yelmo y hasta para entenderte mejor a ti mismo cuando te metas en una de sus vías.

Pero como la acción empieza ya, justo donde acaba este prólogo, es hora de que, cumplido el cordial saludo de bienvenida, te metas en ella.

Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN